

sola palabra del buen papá Vautrin buscará camorra á ese bribón que no envía á su hermana ni una moneda de cinco francos, y...

Llegando á este punto, Vautrin se levantó, se puso en guardia, é hizo el movimiento de un maestro de armas que se tira á fondo, y añadió en seguida: « Y al otro mundo. »

— ¡Qué horror! dijo Eugenio. ¿Usted se chancea, señor Vautrin?

— Calma, calma, calma, repuso aquel hombre. No haga usted niñerías; sin embargo, indignese usted, enfadese usted, si eso le ha de servir de entretenimiento. Diga usted que soy un infame, un malvado, un pillo, un bandido; pero no me llame usted espía ni estafador. Vamos, ande usted; dé rienda suelta á su indignación. Desde luego se lo perdono á usted porque es muy natural á su edad. Lo mismo he sido yo... ¡sí, yo! Pero piense usted que hará usted algún día algo peor que lo que le propongo: irá usted á cortejar á alguna mujerzuela y recibirá usted dinero de ella. Y ya ha pensado usted en ello, dijo; porque ¿cómo llegará usted á lo que se propone si no vende usted su amor? La virtud, mi querido estudiante, no tiene término medio; es ó no es. Nos hablan de hacer penitencia por nuestros culpas. ¡Otro lindo sistema aquel en virtud del cual queda uno aligerado de un crimen por medio de un acto de contrición! Seducir á una mujer para llegar por este medio á colocarse en tal peldaño de la escala social; sembrar la cizaña entre los hijos de una misma familia, y otras muchas infamias que se practican al calor de una buena chimenea,

para propia satisfacción ó por interés personal, ¿cree usted que son actos de fe, esperanza y caridad? ¿Por qué se ha de condenar á dos meses de cárcel al dandy que, en una noche, despoja á un muchacho de la mitad de su fortuna, y á presidio al pobre diablo que roba un billete de mil francos con circunstancias agravantes? ¡Esas son vuestras leyes! ¡No hay en ellas un solo artículo que no sea absurdo! Un bandido de guante blanco y de palabras más blancas aún comete uno ó varios asesinatos, en los que no derrama sangre, pero hay quien la vierte para darla; un asesino vulgar penetra en una habitación valiéndose de una ganzúa; ¡dos cosas nocturnas! Entre lo que ahora propongo yo á usted y lo que usted hará algún día, no hay otra diferencia que la sangre de menos. ¡Y usted cree en la fijeza de los principios sociales! Desprecie usted á los hombres, y vea usted el modo de pasar sin enredarse al través de la red del código. El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente es un crimen olvidado, porque fué ejecutado con limpieza.

— ¡Basta, caballero! no quiero seguir escuchándole. Llegaría usted á hacerme dudar de mí mismo. El sentimiento es en este instante toda mi ciencia.

— Como usted guste, hermoso joven. Le creía á usted de más agallas, dijo Vautrin. No le diré nada más. Una palabra, sin embargo.

Y mirando fijamente al estudiante, añadió:

— Usted posee mi secreto.

— Un joven que rehusa sus ofrecimientos lo olvidará muy pronto.



— Ha dicho usted muy bien eso, y me gusta. Otro sería menos escrupuloso. Tenga usted presente lo que quiero hacer por usted. Le doy quince días de plazo. Es cosa de tomarlo ó dejarlo.

— Pero ¡qué cabeza de hierro tiene este hombre! exclamó Rastignac, viendo á Vautrin alejarse tranquilamente con su bastón debajo del brazo. Me ha venido á decir en crudo lo mismo que la señora de Beauseant me decía guardando las formas. Me desgarraba el corazón con garras de acero. ¿Por qué quiero ir á casa de la señora de Nucingen? Adivinó ese hombre mis propósitos cuando acababa yo de concebirlas. En una palabra, ese bandido me ha dicho más cosas acerca de la virtud que me han enseñado los hombres y los libros. ¡Si la virtud no tiene término medio, quiere decir que he robado á mis hermanas! exclamó arrojando los sacos sobre la mesa.

Se sentó, quedando sumido en una meditación que le entontecía por su intensidad.

— ¡No apartarse en nada de la virtud, martirio sublime! ¡Bah! todo el mundo cree en la virtud; pero ¿quién es virtuoso? Los pueblos han hecho de la libertad un ídolo; pero ¿dónde hay en la tierra un pueblo libre? Aun está mi juventud pura como un cielo sin nubes; y ambicionar la grandeza y el dinero, ¿no es lo mismo que resignarse á mentir, á doblarse, á arrastrarse, á enderezarse después, á adular y á disimular? ¿no es consentir en hacerse el lacayo de los que han mentido, y se han doblado y arrastrado? Antes de ser su cómplice, es preciso servirles. Pues bien, no. Quiero trabajar noble y santamente, quiero tra-

bajar día y noche y no deber mi fortuna sino á mi propio esfuerzo. Será la más lenta de las fortunas: pero cada noche, reclinare en la almohada una cabeza limpia de todo mal pensamiento. ¿Hay nada tan hermoso como contemplar la propia existencia y hallarla blanca como una azucena? La vida y yo somos dos novios, y Vautrin me ha hecho ver lo que seremos á los diez años de casados. ¡Demonio! ¡Se me va la cabeza! No quiero pensar en nada; el corazón es el mejor guía.

Vino á sacar á Eugenio de sus ensueños la voz de la gruesa Silvia anunciándole la llegada del sastre, ante el cual se presentó teniendo en cada mano su saquito de dinero, circunstancia que le agradó aprovechar. Probada que hubo la ropa, púsose su nuevo traje de mañana, que le daba un aspecto completamente distinto.

— Supongo que valgo siquiera lo que Máximo de Trailles, se dijo. Después de todo, tengo, en verdad, el aspecto de un gentilhombre.

— Caballero, dijo Goriot, entrando en el cuarto de Eugenio, usted me preguntó si sabía las casas á que concurre la señora de Nucingen.

— Sí.

— Pues bien, va el lunes al baile del mariscal Carigliano. Si usted puede asistir, me dirá si mis hijas se han divertido, el traje que tengan, todo en fin.

— ¿Y cómo lo ha sabido usted, mi buen papá Goriot? dijo Eugenio haciéndole sentar ante su chimenea encendida.

— Su doncella me lo ha dicho. Sé por Teresa y por



Constancia cuanto hace, añadió con tono muy gozoso.

El anciano tenía en aquel momento todo el aspecto de un enamorado joven que ha dado con una buena estratagema para comunicarse con su amada sin que ésta lo sospeche siquiera.

— ¡Usted, usted sí que las verá! dijo expresando con sencillez una envidia llena de dolor.

— No lo sé, replicó Eugenio. Voy á ir á casa de la de Beauseant para preguntarle si puede presentarme á la mariscala.

Pensaba Eugenio con una especie de alegría íntima en presentarse á la vizcondesa vestido con toda elegancia. Lo que los moralistas llaman abismos del corazón humano son, sencillamente, pensamientos engañosos, movimientos involuntarios del interés personal. Esas peripecias, objeto de tantas declamaciones, esos cambios repentinos reducen á cálculos hechos en provecho de nuestra personal satisfacción. Viéndose bien vestido, bien enguantado y bien calzado, Rastignac olvidó sus virtuosos propósitos. La juventud, cuando se inclina hacia lo injusto, no se atreve á mirarse en el espejo de su conciencia, mientras que la edad madura se ha mirado ya en él antes: en eso consiste la diferencia entre ambas fases de la vida.

Desde hacía algunos días, los dos vecinos, Eugenio y papá Goriot, habían trabado afectuosa amistad. Radicaba ésta en las mismas razones psicológicas que habían producido entre Vautrin y el estudiante sentimientos contrarios. El atrevido filósofo que quiera comprobar los efectos de nuestros sentimientos en el mundo físico, halla sin duda más de una prueba de

su efectiva materialidad en las relaciones que crean entre nosotros y los animales. ¿Qué fisonomista adivina un carácter con más rapidez que la que emplea un perro para saber si un desconocido se le acerca con buenas ó malas intenciones? El *gancheo*, expresión proverbial muy vulgar, expresa un hecho de esos que quedan consignados en las lenguas para desmentir las tonterías filosóficas en que incurren los que se ocupan en acechar las raspaduras de las palabras primitivas. Percibimos que nos aman. El sentimiento se graba en las cosas, y cruza los espacios. Una carta es un alma, es tan fiel de la voz que habla, que los espíritus delicados la miran como á uno de los más apreciables tesoros del amor. Papá Goriot, á quien su irreflexivo sentimiento elevaba á la sublimidad de la raza canina, había olfateado la compasión, la admirativa bondad y las juveniles simpatías que por él se habían despertado en el corazón del estudiante. Sin embargo, aun no había resultado de aquella unión naciente ninguna confianza. Si el joven había manifestado el deseo de ver á la señora de Nucingen, no era porque pensara servirse del anciano como introductor, sino esperando utilizar alguna indiscreción de éste. Papá Goriot no le había hablado nunca de sus hijas sino con motivo de lo que él mismo se había permitido decir de ellas públicamente el día de sus dos visitas.

— Mi querido señor, hábale dicho al día siguiente, ¿cómo ha podido usted creer que Anastasia llevara á mal que pronunciara usted mi nombre? Mis dos hijas me quieren: soy un padre feliz. Lo que hay es que



mis dos yernos se han portado mal conmigo. No he querido que esas amadas criaturas sufran por mis disensiones con sus maridos, y he preferido verlas á hurtadillas. Este misterio me proporciona mil goces desconocidos de los padres que pueden ver á sus hijas siempre que quieren. A mí no me es posible, ¿comprende usted? Entonces lo que hago es ir á los Campos Eliseos, cuando hace buen tiempo, después de haber preguntado á las doncellas si salen mis hijas. Las espero al pasar. Cuando sus coches se acercan, el corazón me late con fuerza. Admiro su tocado, y ellas me envían una sonrisita, que es para mí como un rayo de sol que todo lo anima y alegra. Me quedo en el mismo sitio para verlas á la vuelta. La brisa ha sonrosado sus rostros, y oigo decir en torno mío: « ¡Hermosa mujer! » Y eso me regocija el corazón. ¿No son sangre mía? Quiero al caballo que tira de su coche, y quisiera ser el perrillo que acarician sobre sus rodillas. Vivo de sus placeres. Cada cual tiene su modo de querer; el mío á nadie perjudica; ¿por qué, pues, intervienen en mis asuntos los demás? Soy feliz á mi modo. ¿Prohíben, acaso, las leyes, que vaya yo á ver á mis hijas por la noche cuando salen para ir al baile? ¡Qué dolor experimento si llego tarde y me dicen: « La señora ha salido! » Una vez esperé hasta las tres de la mañana para ver á Nasia, á la cual hacía dos días que no veía.

» ¡Estuve á punto de estallar de gusto. Por Dios, no hable usted de mí sino para decir lo buenas que son mis hijas! Se empeñan en hacerme mil regalos, pero se lo impido y les digo: « ¡Guardaos vuestro dinero!

¿Para qué quiero esas cosas si nada me hace falta?...» En efecto, ¿qué soy yo, señor mío? Un mezquino cadáver, cuya alma está allí donde están mis hijas... Cuando conozca usted á la señora de Nucingen, me dirá usted á cuál de las dos prefiere, dijo el buen hombre después de un momento de silencio, viendo que Eugenio se disponía á salir para irse de paseo á las Tullerías mientras llegaba la hora de presentarse á la señora de Beauseant.

Fatal fué para el estudiante aquel paseo. Algunas mujeres dieron muestras de haberse fijado en él. ¡Era tan joven y estaba tan guapo y vestido con tan buen gusto! Al verse objeto de atención casi admirativa, olvidó á sus hermanas y tía despojadas y sus virtuosas repugnancias. Había visto pasar sobre su cabeza á ese demonio que tan fácilmente se toma por ángel, á ese Satán de alas doradas, que siembra rubies, que lanza saetas de oro á las fachadas de los palacios, cubre de púrpura á las mujeres y reviste de fatuo brillo á los tronos, tan sencillos en su origen; había escuchado al dios de esa vanidad llamativa, cuyo oropel parece ser un símbolo de poder. Las palabras de Vautrin, por cínicas que fueran, se habían afianzado en su corazón como en la memoria de una virgen se graba el perfil innoble de una vieja tercera que viene á decirla: « ¡Tendrás oro y amor á mares! » Después de haber paseado perezosamente, Eugenio presentóse á las cinco de la tarde en casa de Beauseant, y allí recibió uno de esos golpes terribles, contra los cuales halláanse sin armas los corazones jóvenes. Hasta entonces había hallado en la vizcondesa esa cortés ama-



bilidad, esa gracia meliflua que da la educación aristocrática, pero que sólo es completa cuando la dicta el corazón.

Cuando entró, hizo la señora de Beauseant un gesto displicente, y dijo secamente :

— Señor de Rastignac, me es imposible recibirle, al menos en este instante, porque estoy ocupada...

Para un observador, — y Rastignac había llegado á serlo en muy poco tiempo, — la frase, el gesto, la mirada, la inflexión de la voz eran la historia del carácter y de las costumbres de aquella raza. Vió la mano de hierro bajo el guante de terciopelo; la personalidad, el egoísmo, bajo los modales atildados; la madera, bajo el barniz. Oyó, en una palabra, el *yo el rey*, que comienza en las gradas del trono y acaba bajo el uniforme del último gentilhomme. Eugenio había cometido la ligereza de creer, sin pruebas, en la nobleza de alma de la mujer. Como todos los desheredados, había firmado, de buena fe, el pacto delicioso que debe unir á protector y protegido, y cuyo primer artículo consagra, entre dos almas elevadas, una completa igualdad. El favor que reúne á dos seres en uno solo es una pasión celeste, tan poco comprendida y tan rara como el amor. Uno y otro constituye la prodigalidad de las almas bellas. Rastignac, que á toda costa quería ir al baile de la duquesa de Carigliano, aguantó á pie firme la borrasca.

— Señora, dijo con voz conmovida, no hubiera venido, á no tratarse de un asunto importante; si es usted tan amable que me permite verla más tarde, esperaré.

— Pues en ese caso, venga usted á comer conmigo, dijo la vizcondesa, un tanto avergonzada de la excesiva dureza que había dado á sus palabras; porque, en realidad, aquella mujer era tan buena como gran señora.

Aunque vivamente impresionado por este repentino cambio, Eugenio se decía al salir :

« Arrástrate, súpelo todo. ¡ Cómo serán las demás, si la mejor de las mujeres, olvidando en un momento las más amistosas promesas, te arroja lejos de sí como un zapato viejo! ¡ Luego cada uno ha de bastarse á sí mismo! Verdad es que su casa no es una tienda, y que me desfavorece el necesitar de ella. Es preciso, como dice Vautrin, hacerse bala de cañón. »

Las amargas reflexiones del estudiante se desvanecieron pronto por el placer que se prometía comiendo con la vizcondesa. De modo que, por una especie de fatalidad, los sucesos más insignificantes de la vida le impulsaban por el camino en el que, según las observaciones de la terrible esfinge de la casa de huéspedes, debía, como en un campo de batalla, matar para no ser muerto, engañar para no ser engañado, y á cuya entrada había de dejar el corazón y la conciencia, ponerse una máscara, burlar sin piedad á los hombres, y, como en Lacedemonia, coger la fortuna sin ser visto para merecer el premio.

Bondadosa y afable como de costumbre halló á la vizcondesa cuando volvió á su casa. Ambos se encaminaron hacia un comedor en el que el vizconde esperaba á su mujer, y en el que brillaba ese lujo de la



mesa que, como es sabido, llegó durante la Restauración á su apogeo. El señor de Beauseant, como tantos hombres gastados, no tenía otro placer que el del estómago, siendo en punto á gula de la escuela de Luis XVIII y del duque de Escars. Su mesa ofrecía doble lujo : el del continente y el del contenido. Jamás semejante espectáculo habíase ofrecido á la admiración de Eugenio, pues por primera vez comía en una de esas casas en que las grandezas sociales son hereditarias. Acababa la moda de suprimir las cenas con que en otro tiempo terminaban los bailes del Imperio, y en las que los militares tenían necesidad de reparar las fuerzas para prepararse á todos los combates que los esperaban así dentro como fuera. Sólo á bailes había asistido Eugenio todavía; pero el aplomo que más tarde le distinguió en tan alto grado, y que ya empezaba á adquirir, fué causa de que no llegara á embobarse tontamente. No obstante, viendo aquella plata esculpida y las mil delicadezas de un servicio suntuoso, y admirando por primera vez el profundo silencio en que se hacía, érale difícil, como hombre de imaginación ardiente, no preferir esta vida, siempre elegante, á aquella otra, toda de privaciones, que por la mañana quería abrazar. Su pensamiento lo transportó por un instante á la casa de huéspedes, y sintió tal horror hacia ella, que juró dejarla en el próximo mes de enero, tanto por tener habitación decente, cuanto por huir de Vautrin, cuya ancha mano sentía posada en su hombro. Cuando piensa uno en las mil formas que reviste en París la corrupción muda ó hablada, un hombre de buen sentido no puede dejar

de preguntarse por qué aberración funda el Estado escuelas en tal ciudad, cómo reúne en ella á la juventud, cómo son respetadas las mujeres y cómo el oro que los cambistas exhiben en los escaparates no desaparece por arte de magia. Mas al reflexionar acerca de la escasez de crímenes, y hasta de simples delitos cometidos por los jóvenes, ¡cuál no ha de ser el respeto que infunden esos pacientes Tántalos, que, luchando contra sí mismos, casi siempre quedan vencedores! Si se le pintara bien en su lucha con París, suministraría el estudiante pobre uno de los más dramáticos asuntos que pueden encontrarse en la civilización moderna.

La señora de Beauseant miraba en vano á Rastignac, invitándole á hablar. Nada quería decir en presencia del vizconde.

— ¿Me lleva usted esta noche á los Italianos? preguntó la vizcondesa á su marido.

— Bien sabe usted cuánto me agradaría complacerla, respondió con cierta socarrona galantería, que engañó al estudiante; pero tengo una cita en Variedades.

« Su querida » pensó la vizcondesa.

— ¿Por lo visto no tiene usted á Ajuda esta noche? preguntó el vizconde.

— No, respondió ella de mala gana.

— Pues, si le es indispensable un caballero para acompañarla, el señor de Rastignac se ofrecerá gustoso.

La vizcondesa miró á Eugenio sonriendo.

— Será para usted un compromiso, dijo.

— *El francés busca el peligro porque lo encuentra.*



en *él la gloria*, ha dicho Chateaubriand, respondió Rastignac inclinándose.

Terminada la comida, un tronco veloz le conducía, en compañía de la señora de Beauseant, al teatro de moda, y creyóse bajo el influjo de un sueño de hadas cuando entró en un palco del centro, y vió dirigidos á él y á la vizcondesa, cuyo tocado era bellissimo, todos los gemelos. Caminaba de asombro en asombro.

— Me parece que deseaba usted hablarme, dijo la señora de Beauseant. ¡Ah! mire usted á la señora de Nucingen á tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles están del lado opuesto.

Mientras pronunciaba estas palabras, la vizcondesa miraba al palco en que debía estar la señorita de Rochefide, y, no viendo en él á Ajuda, su semblante se animó de un modo extraordinario.

— Es deliciosa, dijo Eugenio después de haber contemplado á Delfina de Nucingen.

— Tiene las pestañas blancas.

— Sí, ¡pero qué talle tan esbelto!

— Tiene manazas.

— ¡Qué hermosos ojos!

— El óvalo de la cara es demasiado alargado.

— ¡Son tan distinguidas las formas alargadas!...

— Mejor para ella que las tiene. Vea usted cómo toma y deja los gemelos. La sangre de los Goriot se manifiesta en todos sus movimientos, dijo la vizcondesa con gran asombro de Eugenio.

Pues el caso era que la señora de Beauseant á todas partes de la sala dirigía sus miradas sin parecer ocuparse para nada de la señora de Nucingen, y, no obs-

tante, ni un solo gesto de ésta pasaba inadvertido por la vizcondesa. La concurrencia era brillantísima. Delfina de Nucingen estaba no poco satisfecha de ocupar casi por completo la atención del guapo y el elegante primito de la vizcondesa, el cual, en efecto, sólo á ella miraba.

— Si continúa usted mirándola de ese modo, va usted á dar un escándalo, señor de Rastignac. Además, he de decirle que nada conseguirá usted en nuestra sociedad si no se hace valer.

— Mucho me ha protegido usted ya, querida prima; pero, si quiere usted acabar su obra, sólo le pediré un favor que, sin costarle á usted gran cosa, puede serme muy útil. Me he enamorado.

— ¿Ya?

— Sí.

— ¿Y de esa mujer?

— ¿Serían atendidas mis pretensiones en otra parte? replicó, dirigiendo á su prima una mirada penetrante. La duquesa de Carigliano es dama de la señora duquesa de Berry, añadió después de una pausa; usted debe de verla; pues bien, tenga usted la bondad de presentarme á ella y de llevarme al baile que da el lunes. En él hallaré á la señora de Nucingen y libraré mi primera escaramuza.

— Con mucho gusto, contestó la vizcondesa. Si ya ha simpatizado usted con ella, me parece que no marchan mal las cosas para ese amor naciente. Allí tiene usted á de Marsay en el palco de la princesa Galathionne y la de Nucingen, despechada, está sufriendo un verdadero suplicio. No hay mejor ocasión para



acercarse á una mujer, sobre todo á una mujer de banquero. Todas esas señoras de la Chaussée-d'Antin son muy vengativas,

— ¿Y usted qué haría en su caso?

— Yo sufriría en silencio.

En esto, el marqués de Ajuda se presentó en el palco de la señora de Beauseant.

— He desatendido mis asuntos para venir á verla, dijo, y lo pongo en conocimiento de usted para que reconozca el sacrificio.

La expresión que tomó el rostro de la condesa enseñó á Eugenio á conocer las manifestaciones del amor verdadero y á no confundirlas con las muecas de la coquetería parisiense. Admiró á su prima, calló, y, suspirando, cedió su puesto al marqués de Ajuda.

« Qué noble y sublime criatura es una mujer cuando ama de tal modo, se dijo. ¡Y este hombre la engaña por una muñeca! ¿Cómo tiene valor para engañarla? »

Mordióle el corazón una rabieta infantil. Hubiera querido arrojarse á los pies de la señora de Beauseant y envidiaba el poder del demonio, con el cual hubiera podido arrebatarla llevándola en el corazón, como un águila arrebatada de la llanura, para llevárselo á su nido, un tierno cabrito blanco que amamanta aún su madre. Sentíase humillado hallándose en aquel museo de belleza sin poder disponer de un cuadro, es decir, sin una amante. « Tener una querida y una posición casi regia, pensaba, es el verdadero signo de poderío. » Y miraba á la señora de Nucingen como un hombre insultado mira á su adversario. La vizcondesa volvió

la cabeza para darle las gracias por su discreción con un guiño. Acababa el primer acto.

— ¿Conoce usted á la señora de Nucingen lo bastante para presentar al señor de Rastignac? dijo al marqués.

— Seguramente tendrá sumo placer en ver al señor, contestó el marqués.

Y en seguida levantóse el bello portugués, y, cogiendo del brazo al estudiante, le condujo al palco de la señora de Nucingen.

— Señora baronesa, dijo el marqués, tengo el honor de presentar á usted al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beauseant. Tal impresión ha producido usted en él, que he querido contribuir á su felicidad acercándole á su idolo.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto tono zumbón que disfrazaba el fondo, bastante crudo, del pensamiento que las había dictado; pero, sabiendo guardar las formas, no rechaza una mujer cierta clase de galanteos. La señora de Nucingen sonrió y ofreció á Eugenio el puesto de su marido que acababa de salir.

— No me atrevo á proponer á usted que permanezca á mi lado, dijo. Es demasiada suerte la de estar en compañía de la señora de Beauseant para que siquiera piense un hombre en apartarse de ella.

— Pero me parece, dijo Eugenio en voz baja, que si quiero agradar á mi prima debo continuar aquí. Antes de la llegada del señor marqués hablábamos de usted y de la distinción de toda su persona, añadió en alta voz.

El señor de Ajuda se retiró.

— ¿Pero de veras se queda usted, caballero? dijo



la baronesa. Entonces nos haremos amigos, porque mi hermana, la señora de Restaud, me había puesto ya en gran deseo de conocer á usted.

— Bien disfraza su pensamiento, pues me ha cerrado su puerta.

— ¿Cómo es eso?

— Tendré, señora, conciencia suficiente para manifestar á usted la razón que motivó ese incidente; pero reclamo toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Vivo pared por medio de su señor padre. Ignorando que la señora de Restaud fuese hija suya, cometí la torpeza de mencionarlo de manera poco correcta, y tanto la hermana de usted como su marido manifestaron evidentes señales de desagrado. No puede usted figurarse de qué mal gusto ha parecido á la duquesa de Langeais y á mi prima esta apostasia filial. Les conté la escena, y se rieron como locas. Entonces, haciendo la vizcondesa un paralelo entre usted y su hermana, me habló de usted en los términos más favorables, diciéndome lo buena que era usted con mi vecino el señor Goriot. ¿Cómo, en efecto, no le habría usted de querer? Tan apasionadamente la adora á usted que ya ha despertado celos en mí. Esta mañana hemos estado hablando de usted durante dos horas. Después, impresionado por lo que su padre de usted me ha referido, decía yo hablando con mi prima, mientras comíamos, que no podía ser usted tan hermosa como buena y cariñosa. Deseando, sin duda, favorecer una admiración tan entusiasta, me ha traído al teatro, diciéndome con su acostumbrada afabilidad que aquí la vería á usted.

— Siendo así, ya le debo á usted agradecimiento. Dentro de poco seremos como antiguos amigos.

— Desde luego, la amistad con una persona como usted no ha de parecerse á esa vulgaridad que bajo ese nombre corre por el mundo; y no obstante, señora, rehusó ser sólo su amigo.

Estas tonterías estereotipadas para uso de los principiantes agradan siempre á las mujeres, y sólo porque las leemos en momentos de indiferencia, y en frío, nos parecen insulsas. El gesto, los ademanes y las miradas de un hombre joven les dan extraordinario valor. La señora de Nucingen halló que Rastignac era muy agradable, pero como no podía contestar á las cuestiones planteadas tan en crudo por Eugenio, hizo lo que hacen siempre en este caso todas las mujeres: contestó á otra cosa.

— Por desgracia es cierto que mi hermana se perjudica con la manera que tiene de tratar á mi pobre padre. Para que yo haya dejado de verle todas las mañanas, ha sido necesario que mi marido me lo haya ordenado de un modo terminante. Pero ha sido muy desgraciada durante mucho tiempo; me pasaba los días llorando. Estas violencias, que siguieron á las brutalidades del matrimonio, han sido una de las causas que más han perturbado nuestro interior. Soy sin duda alguna la mujer más feliz de París en el concepto de los demás, pero en realidad la más desgraciada. Dirá usted que es preciso que esté loca para hablarle así. Pero como usted conoce á mi padre, yo no le considero como un extraño.

— Nunca ha dado usted con un hombre animado de